

LA DISTRIBUCION DE ESPACIOS
Y DE ASENTAMIENTOS AL MOMENTO
DE LA CONQUISTA EN LAS ANTILLAS

MARCIO VELOZ MAGGIOLO *

El espacio o los espacios y su distribución corresponden a sociedades con capacidad de mantener un proceso estable de subsistencia. Puesto que los espacios tienen funciones especializadas, son también una parte del proceso de organización social y productivo de la sociedad. Por tales razones el estudio de los patrones de asentamiento en las Antillas antes y al momento del llamado "**período de contacto**" entre aborígenes y europeos, tiene gran interés para los estudiosos de la historia antigua del área.

Habría que señalar que antes de que aparecieran en las Antillas las primeras sociedades agrícolas, sedentarias o semi-sedentarias, el archipiélago estuvo ocupado por sociedades recolectoras que habían iniciado su viaje desde el continente a las islas hacia el 4000 antes de Cristo, a juzgar por los resultados de fechas radiocarbónicas recientemente localizadas junto a restos humanos y artefactos en el

* Profesor Investigador, Universidad Pedro Henríquez Ureña, UNPHU.

occidente de la isla de Santo Domingo y el oriente de la isla de Cuba.¹ Pero estas sociedades no intentaron nunca una distribución racionalizada de los espacios. Hacia el 2600 antes de Cristo, estos grupos iniciales habían alcanzado la península de Barahona y gran parte de la zona norte de la llamada Sierra de Martín García, en los lugares de Barrerá-Mordán, provincia de Azua y varios puntos de la costa en las Salinas de Barahona.² Una visión de los procesos de distribución de espacios entre estos grupos recolectores los coloca siempre como dependientes de zonas ecológicas positivas, como es el caso de sitios en donde era común la adquisición del sílex que servía como materia prima a sus instrumentales, y de los lechos marinos en donde estaba la mayor captación de recursos proteínicos, caracterizados por las conchas y bivalvos tanto de arena como de zonas rocosas. Estos asentamientos entre el 4000 y el 2000 antes de Cristo no alteran en ningún momento sus espacios, es decir, no **"especializan"** zonas de vida cotidiana. Por ejemplo los enterramientos de estos períodos son siempre residuales, y los huecos son tratados como parte de la basura, o como objeto rituales ya que los quemaban y los colocan en abrigos rocosos, es decir en lugares previamente encontrados dentro del ámbito de sus actividades. Nos estamos refiriendo, claro está, a los habitantes antillanos llamados **"mordanoides"** o también **"barreroides"**, debido a su nombre a su inicial descubrimiento en el sitio de Barrera-Mordán, en la actual provincia de Azua. Estos **"mordanoides"** establecieron sistemas de barbacoas y casas de madera para familias extendidas, como lo revela el estudio del sitio Río Pedernales, con un piso de cenizas amplio y huella de postes, así como con talleres para la fabricación de cuchillos de rocas cristalinas, sílex y cherts, así como puntas de proyectil pequeñas para la caza de iguanas, lagartos y posibles peces de las orillas marinas. El sitio, en la orilla oriental del Río Pedernales, en la frontera con Haití, está a unos cinco kilómetros del mar, y fue altamente dependiente de la recolección de ostras del tipo *Arca sp.*, así como de frutos entre los que se pueden identificar el corozo (*Acrocomia quisqueyana*), la uva de playa (*Coccoloba uvifera*), y el fruto de palma, entre otros (*Roystonea hispaniolana*).

A partir del año 2500 antes de Cristo se perciben otras migraciones de grupos recolectores con artefactos y modos de explotar el medioambiente más ricos en expresión que los "**mordanoides**". Posiblemente eran grupos recolectores procedentes de la isla Trinidad. Se tiene entendido que se trató de una gran oleada, puesto que ya hacia el 2000 antes de Cristo todo el este de la isla de Santo Domingo había sido ocupado por estos nuevos emigrantes, cuyo instrumental estaba constituido por morteros y rallos o guayos para hacer pulpa de raíces, hechas para el derribo de grandes árboles, manos para morteros con formas muy diferentes, y hechas por el sistema de abrasión y pulimentación por frotación. Estos grupos recolectores en cierto sentido variaron mucho el patrón de asentamiento en relación con sus predecesores. Se asentaron cerca de los grandes ríos con presencia de zonas de manglar. (**Rizophora mangle**, y otras especies). El manglar constituyó su más importante nicho ecológico, puesto que en las raíces aéreas de la desembocadura de los ríos era posible capturar una fauna representada por peces, cangrejos, aves, reptiles, varias especies de bivalvos entre los que predominaba el ostión de manglar, (**Crassostrea rizophorae**). Por tanto el esquema productivo de este nuevo grupo se centraba en la explotación de la desembocadura y zonas aledañas de las deltas de los ríos. Así es muy común esta cultura en Boca de Yuma, y toda la zona este del país, habiendo grandes concentraciones humanas a partir del 2000 antes de Cristo en los caños y lagunas de los ríos Higuamo y Soco, en donde se han localizado por lo menos 15 sitios de ocupación, con un rango de fechas que van desde el 2050 a por lo menos el año 100 antes de Cristo.³

Al parecer el sitio Banwari-Trace, en la isla de Trinidad, frente a la costa venezolana, sería el origen de las migraciones, puesto que una ocupación humana similar se había ya estabilizado en la zona hacia el 6000 antes de Cristo, emigrando tardíamente hacia las Antillas Mayores. Estos grupos recolectores han sido denominados por los arqueólogos como "**banwaroides**",⁴ para diferenciarlos de los anteriores grupos. Los mismos tienen, sin dudas, diferencias en los patrones de asentamiento. Los "**mordanoides**" usaron de barbacoas al aire libre, y enterraron sus muertos en modalidad residual, que-

mándolos y fragmentando sus huesos; los "banwaroides" usaron de barbacoas grandes dentro de los manglares, y alternaron su residencia en las zonas secas o altas del manglar con el uso de abrigos rocosos, en las entradas de ciertas cavernas, mientras aprovechaban un radio mayor para su recolección, ya que penetraron hasta las zonas céntricas de la isla, y han sido encontrados sus restos arqueológicos en la provincia de Juan Sánchez Ramírez, en el sitio de Las Guácaras de Comedero, República Dominicana, en donde artefactos "banwaroides" han podido ser rescatados al pie del abrigo rocoso de una de las cavernas.⁵

Los enterramientos "banwaroides", a diferencia de los "mordanoides" se ubican en los pisos de vivienda. En el sitio de Cueva de Berna, en la provincia de La Altagracia, fueron localizados entierros dentro de la caverna y formando parte de los pisos,⁶ asimismo en el sitio de El Porvenir, fueron rescatados enterramientos en los asentamientos de la parte alta del viejo manglar, hacia 1000 antes de Cristo.

Sin embargo, ninguna de estas ocupaciones humanas, ni las posteriores, muchas veces mezcla de grupos étnicos y tecnologías de intercambio, presentan una especialización de los espacios. No existen modificaciones adrede del espacio, sino uso y acondicionamiento del mismo para una mejor captación de recursos y una mejor asimilación de los procesos de supervivencia.

El control del hombre frente a la naturaleza ha sido, como bien señala V. Gordon Childe,⁷ gradual. La transición de una economía recolectora, como la de los modelos anteriores señalados, hacia una economía productora de alimentos obliga al hombre a reformular, también gradualmente, las posibilidades del contexto ecológico en el cual se mueve. Vale decir que durante la consolidación de las formas agrícolas, posteriores al proceso recolectivo puro, el hombre está en la capacidad de establecer un ciclo de productivo manejable por él mismo, un ciclo controlable no dependiente de los ciclos naturales, lo que precipita una modificación racional y práctica de su espacio vital.

En el ámbito de las Antillas el proceso de sedentarización definitiva se alcanza en estadios culturales que pueden ser rastreados arqueológicamente desde el mismo siglo X. Sabemos que a partir de por lo menos el siglo V antes de Cristo empiezan a llegar a las Antillas Menores grupos con conocimiento de la agricultura y con el uso del llamado "**cultivo de roza**", sistema con el cual se hizo extensivo el cultivo de las raíces usando la técnica de la estaca o esqueje. El "**cultivo de roza**" era entre los grupos amazónicas y de la selva tropical un promotor de vida semi-sedentaria, puesto que los practicantes del mismo tenían que cambiar de lugar cada cierto tiempo, debido a que la quema del bosque para sembrar sobre sus cenizas, terminaba laterizando parte del mismo, lo hacia menos fértil, e impelía a los grupos tribales a un cambio de lugar. Este sistema pasó a las Antillas Menores, y pronto hubo de modificarse.⁸ El abandono parcial del cultivo de roza, que constreñía al poblador precolombino a un permanente cambio de localidad productiva debido al empobrecimiento del suelo ya señalado, debió a metodologías nuevas de reformulación de espacios productivos cada vez más alejados del semi-nomadismo inicial de los grupos.

Como resultado de un crecimiento demográfico que se acelera entre los siglos X y XII de nuestra era, es posible seguir en el ámbito de las sociedades antillanas una secuencia de cambios en la base económica de las mismas.

En nuestro estudio titulado Medioambiente y Adaptación Humana en la Prehistoria de Santo Domingo.⁹ hemos tratado de demostrar que existieron en las Antillas modelos varios de explotación del Medioambiente, algunos de los cuales fueron sumamente exitosos, como el caso de la plantación de montículos, mientras que en oportunidades formas económicas de explotación del medio se combinaron enriqueciendo la experiencia cotidiana de los grupos aborígenes.

Baste decir que por ejemplo los primeros grupos agrícolas que arribaron a las Antillas Menores y Mayores, debieron abandonar paulatinamente el cultivo itinerante concentrando nuevamente su

economía en la búsqueda de un equilibrio entre agricultura, pesca y recolección.

Las dimensiones de las pequeñas islas producía su rápido agotamiento, por lo que el cultivo extensivo de las mismas no podía ser llevado a cabo como en los lugares continentales de origen, en donde el amplio bloque selvático y las zonas de galerías y bosques, permitían una expansión semi-nómada firme y estabilizada, a la vez que una fragmentación indiscriminada de los grupos familiares.¹⁰

A pocas centurias del paso de los agricultores sudamericanos a las Antillas, el proceso debió variarse, produciéndose lo que llamamos el "**cultivo de roza atenuado**".¹¹

Los primeros grupos con alfarería cromada o pintada y excelente conocimiento de la navegación arribaron a las Antillas Mayores entre el siglo II antes de Cristo y el siglo II después de Cristo. El sistema de asentamiento en poblados circulares y en las alturas de los barrancos ribereños, márgenes fluviales y zonas de playas, conformando aldeas más o menos alineadas según las necesidades de explotación medioambiental, fue común. El esquema seguía los tipos de asentamientos venezolanos y de la costa del Caribe de Sudamérica: casas en zonas altas, siguiendo el curso de la zona de corriente fluvial; poblados agrupados mirando hacia el mar, utilizando zonas de playas y conucos distanciados según las posibilidades del terreno o del inicial sistema de cultivo de roza: poblados redondos, con casas para familias extensas, a veces colocadas en círculo o en óvalo. El Handbook of South American Indians.¹² posee una rica variedad de modelos étnicos de habitaciones del período de contacto y de grupos indígenas posteriores cuya forma de economía y vida parecen tener repuestas arqueológica en casi toda el área del Caribe.

Estos grupos iniciales para el agrícola, entre los cuales se pueden citar los llamados **igneris o saladoides insulares**, no generaron una economía agrícola que fuera más allá de su propio consumo, pese a que los grupos de la isla de Vieques, trabajados en La Hueca y Sorcé por Luis Chanlatte¹³ parecen ser parte de una sociedad que emigra desde Sudamérica a las Antillas con un grado de desarrollo ritual alcanzando en la zona continental. Sin embargo, el patrón de asen-

tamiento no es de desarrollo mayor que el de los grupos de selva tropical en Venezuela.

Así, la distribución del espacio con fines de estructurar un núcleo central de acción no está presente en las Antillas sino con las primeras formas cacicales o de jefatura, conocidas. La jefatura o cacicazgo no es posible mientras no exista una compleja relación de parentesco y una fuerza de trabajo capaz de producir excedentes muy superiores a las necesidades de autosubsistencia. El otro factor para que el cacicazgo mantenga sus características dominantes es el crecimiento demográfico que exige la posibilidad de un control más allá de la aldea o del grupo social.

Como sabemos, la sociedad tribal se ha manifestado universalmente. En Africa, en Oriente, en Oceanía, en América. El sistema de parentesco fue la primera forma de organización racional del trabajo, y por tanto el modelo productivo tribal en su aspecto universal alcanzó desde la agricultura llamada neolítica, hasta las formas de economía ganadera y pastoral, lo mismo que formas mixtas de economía.

El proceso agrícola ha sido, sin lugar a dudas, el factor más destacable del universal modelo de agricultura sedentaria que se da mediante relaciones sociales de producción tribales.

Las Antillas no fueron una excepción. La aparición de una nueva modalidad de producción con los cultivos agrícolas basados en el amontonamiento y abono de la tierra amontonada para el logro de una mejor y más abundante cosecha, produjo al parecer una importante transformación económica. Es interesante señalar que eso que hemos llamado los arqueólogos el "**montículo agrícola**", o el montón, se produjo también entre los siglos X y XII en muchas zonas del Caribe ribereño Sur y Centroamericano, alcanzando importancia económica destacable entre los grupos taironas y entre los chibchas de Colombia. Camellones - o sea montones alargados - y obras parecidas, fueron también importantes en todas las sabanas de Venezuela, como ha sido informado y reportado por autores como Alberta Zucchi y sus colaboradores, así como en gran parte del

llamado piedemonte andino venezolano, tal y como se desprende de los resúmenes de Mario Sanoja y de Iradia Vargas.

En todo el delta del río San Jorge, en Colombia, los camellones fueron el sistema de cultivo más popular, fabricados para evitar las inundaciones y a la vez para usar los mismos como plataformas de viviendas y zonas de cultivo.

El montículo agrícola parece haberse iniciado en las Antillas en la zona sur y sur-central de la isla de Puerto Rico.

En los lugares de Collores y Cayabo, trabajados por nosotros en los años 70, los montículos están presentes hacia el año 830 de nuestra era, según fechados de radiocarbono obtenidos luego de nuestras excavaciones con los auspicios de la Universidad Católica de Ponce.

El montículo agrícola por su alta producción generó un sedentarismo muy importante que estuvo acompañado de nuevos ceremoniales, como fueron plazas y centros de actividad pública.

Hay que suponer que la creación de una infraestructura permanente de producción hacía necesaria una indiscutible forma de atención y renuevo del área de monticulaciones, abandonándose en parte el viejo sistema de roza -quema y tala del bosque. La consolidación de una forma de producción estable sobre un espacio productivo también estable, trae consigo la posibilidad de organización social en torno al proceso productivo. En muchos casos la producción más allá de la autosubsistencia generaba una necesidad de redistribución consumida en fiestas rituales, como hemos señalado en otro lugar.

Adoptado o tal vez ideado por grupos agricultores de los llamados "ostionoides"¹⁴ anteriores a la cultura taina, el montículo nucleó y preservó las viejas formas económicas, las cuales no desaparecieron, sino que se integraron a una economía cacical, ya que en lugares en donde el montículo, no era practicable -como en las zonas de calizas o en las eminentemente semi-áridas-, la producción siguió su viejo ritmo, completando, al parecer los altos niveles de la modalidad que hemos comentado.

Los grupos taínos de la isla de Santo Domingo, y los macorijes de la Cordillera Septentrional, utilizaron la técnica desde por lo menos el año 1930 de nuestra era. Las evidencias de asentamiento con montículos en el lugar denominado El Carril, en la provincia de Valverde, dan cuenta de una enorme red de montículos agrícolas y de habitación a una altura de aproximadamente 500 metros sobre el nivel del mar. La impresión que tenemos es la de que los terraplenes redondeados contenían también casas, siendo la cima más de una vivienda o quizás una sola vivienda para familia extensa, cosechándose en los alrededores de la casa, puesto que estos montículos, en ocasiones superan el diámetro de los 8 metros, y en el borde de los mismos han sido encontrados enterramientos humanos y animales. Este lugar tendría más de cien viviendas extensas y sería, junto a poblado de Macao, en la provincia La Altagracia, República Dominicana, uno de los poblados indígenas más amplios que conozca la arqueología antillana.¹⁵

La alta producción sustentada en el montículo agrícola **produjo formas de sedentarización que obligaban a la distribución permanente de espacios.** Entre esas formas de distribución se dieron características que consideramos pre-urbanas. No es ocioso citar los datos proporcionados por el historiador Roberto Cassá, los que nos permiten tener una idea de cuán funcional y positivo fue el uso del montículo agrícola. Señala Cassá que **"Tomando como diámetro del montón 12 pies** -se basa claro está en el Padre Las Casas- y considerando un pie de separación entre los montones, se obtiene una medida cuadrada de superficie de los montones con los espacios circundantes de 17.12 metros cuadrados. De tal manera, en una tarea de tierra de 629 metros cuadrados cabrían unos 36 montones. Si cada montón producía 20 libras de yuca -cálculo que el historiador ha hecho en base a datos de la crónica- obtenemos un rendimiento por tarea de 7.20 quintales de yuca. Para que de inmediato se tenga en cuenta la alta productividad que supone esta cifra, los datos del Quinto Censo Nacional Agropecuario de la República Dominicana de 1960 arrojan un promedio de producción de yuca por tarea de poco más de 4 quintales.

Como bien puede verse, los datos obtenidos por Cassá hablan de un mejor sistema productivo de yuca entre los taínos de 1492 y los campesinos dominicanos de 1960. La arqueología señala que el tamaño de los montículos dado por Las Casas y usado por Cassá, es diferente del encontrado por los arqueólogos en sitios como El Carril, en donde el diámetro del montón sería de unos 3 metros. Montones agrícolas de grupos macorijes (meillacoides) de El Choco, en Puerto Plata, son apenas de unos cinco metros de diámetro. Todo ello revela que la medida usada por Cassá y dada por Las Casas, es una de las tantas medidas usadas, y que el tamaño de la monticulación no era igual para todos los grupos. No obstante, lo importante es la esencia de la conclusión de Cassá, el sistema casi duplicaba el de nuestros campesinos de 1960.

Con una producción intensiva que era sumamente alta, los aborígenes antillanos que utilizaron esta técnica pudieron combinarla con otras como serían la pesca y la recolección tanto marina como terrestre de manera intensiva. Cuando el proceso de sedentarización fue consolidado en gran parte de la cultura tribal, se hicieron más comunes y estables las modalidades de distribución del espacio.

Las plazas o bateyes para el juego de la pelota antillano son una buena guía para dar seguimiento a este proceso de distribución del espacio. Algunos de estos centros ceremoniales han sido estudiados de manera pormenorizada, como sucede con los sitios de Caguana, en el centro de la isla de Puerto Rico y asimilable a la cultura taína, y el lugar llamado El Atajadizo, en la provincia de La Altagracia, estudiado en la República Dominicana por Veloz Maggiolo, Traida Vargas, Mario Sanoja y F. Luna Calderón.¹⁶

Es evidente que las plazas fueron el núcleo ritual, una zona espacial seleccionada porque representaba el área básica para un desarrollo de espacios a partir de las mismas. Estos espacios permitían puntos de encuentro o de reunión en los cuales se tomaban decisiones, se usaban los recursos de la memoria para perpetuar historias y conocimientos tribales. Las crónicas son abundantes en descripciones sobre los llamados "bateyes", informados por el propio Bartolomé de Las Casas, Gonzálo Fernández de Oviedo, Diego

Méndez y otros. Los areítos o cantos de tipo pnemotécnicos acompañaban a juegos gladiatorios, eran en realidad un complemento de esas formas espaciales que hoy llamamos plazas, y que tenían sentido ritual, por ser punto primordial de reunión y decisión de la sociedad pre-colombina.

Como bien lo ha resumido Ricardo Alegría, la evidencia arqueológica está presente con mayor claridad en Cuba, Bahamas, Santo Domingo y Puerto Rico, así como en algunas de las Antillas Menores.¹⁷

Adoptada como un punto principal de participación social, la plaza distingue como punto central de un poblado el ámbito cultural tribal en las Antillas. Aunque se supone que la plaza está ligada principalmente al juego de la pelota o batey -cuya ritualidad es indiscutible-, lo cierto es que arqueológicamente la plaza indígena corresponde a una estructuración que tiene como fundamental objetivo la integración de grupos de diversas zonas, y la consolidación al través de actividades culturales y cotidianas como juegos, danzas y simulacros, la identidad de los grupos tribales.

Vale el señalamiento de que el desarrollo de una técnica del uso de piedras verticalmente colocadas para delimitar los espacios, así como de las calzadas también delimitantes, está informada para sitios centroamericanos como los de Costa Rica y Panamá,¹⁸ con las mismas intenciones e ideas. En la zona tairona de Colombia, el uso de calzadas y zonas cercadas con lajas de piedra en un elemento común de la misma época que la antillana.

Cuando el sistema productivo de una sociedad se perfecciona y cuando sus principales fuentes de subsistencia aseguran una estabilidad y una permanencia sociales casi inamovibles, las formas culturales también tienden a consolidarse, y se está frente a una unificación del proceso productivo, y lo que es más, el ritualismo se hace mayor y más funcional por cuanto cierto excedente productivo puede ser redistribuido y manejado por grupos que ahora reciben de la sociedad globalizada un apoyo expreso para la organización del trabajo, la distribución de espacios económicos y a la vez de espacios rituales.

En las Antillas Mayores se puede seguir con cierta dificultad el desarrollo de los poblados por matrices arqueológicas más o menos estudiadas. Vemos que aun en los lugares arqueológicos mas variables como son los de los ocupantes de los viejos cultivos de roza, el asentamiento se realiza con miras a una explotación coherente y capaz de hacer la estación más larga y productiva. Un modelo interesante y estudiado en función de sus características cacicales, es el del río Soco, en la provincia de San Pedro de Macorís. El poblador del río Soco llegó a esa zona alrededor del año 930 o quizás poco antes y vivió durante varios siglos en aquel sitio cuya zona de cultivo es muy decadente, pero con gran riqueza de productos recolectables en el vecino manglar que cubría varios kilómetros en la desembocadura del citado río. Al parecer la gran posibilidad de recolección hizo posible que descendiera notablemente la agricultura en el sitio. La curva estadística de un artefacto llamado "burén" o "budare" indica que si en principio se usó la yuca o algún elemento farináceo para la confección de casabe o tortas parecidas, en los finales de la ocupación, después del año 1300, el burén perdió importancia, siendo esta población un grupo tribal que debido a la alta recolección pudo haber recibido el casabe por intercambio, lo que nos sugiere una relación cacical y un especialismo en el área de la recolección de gentes, que, sin embargo llegaron al sitio como verdaderos agricultores.

En El Soco el centro del poblado fue plaza principal. Es un interesante modelo de distribución de espacios: Cementerio debajo de las viviendas, viviendas colectivas al borde de la desembocadura del río, zonas de conucos de baja producción.

Ninguno de los sitios enumerados hasta el momento presenta, sin embargo, las características de El Atajadizo, a orillas del río Duey, en la provincia La Altagracia, y junto al antiguo camino de Los Negros,¹⁹ En cuanto a El Atajadizo es posible hablar pormenorizadamente de una distribución proto-urbana, sin que neguemos características similares para Cuaguanas y Villa de Tani, en Puerto Rico, Pueblo Viejo, Laguna de Limones y Monte Cristo en Cuba, lo mismo que en Chacuey, Sonador, La Cacique y otros sitios de la isla de Santo Domingo, los que sin dudas constituyeron parte de centros rituales

ya desaparecidos. El poblado circular del sitio Juan Pedro, en la provincia de San Pedro de Macorís, sería una modalidad para esta discusión, puesto que se trata de un poblado en forma oval, montado sobre el camellón mismo, con plaza central y conucos hacia la parte exterior del óvalo.²⁰ Sin embargo, El Atajadizo, actualmente inexistente por haber sido borrador del mapa por tractores de terratenientes de la zona, con la aprobación del Museo del Hombre Dominicano, permite la reconstrucción de cómo se nuclea o se concentra una población y de cómo arriba o llega a los límites proto-urbanos alcanzables en una sociedad cacical en Las Antillas.²¹

Situado en la margen oriental del río Duey, El Atajadizo fue un poblado inicialmente simple, constituido por agricultores que arribaron desde Puerto Rico a la zona hacia el año 800 o poco después, según nuestros gráficos estadísticos. Hacia el 900 se inició un rápido crecimiento demográfico y las áreas de asentamiento crecieron mientras se pasaba hacia un tipo de alfarería sustitutiva, con otros patrones. En términos generales se pasaba de los estilos originales del tipo llamado "ostionóide" al estilo denominado "chicoide", característico de la cultura taína. El final de la ocupación, que coincide con alfarería taína muy elaborada, fue denominada por nosotros como "fase Guayabal" y reveló cambios muy notables en el modelo productivo. Por ejemplo, los montículos agrícolas aparecieron por vez primera y se organizaron en torno a una plaza central. Las casas, antes dispersas, disminuyeron en tamaño pero se esparcieron en torno al centro del poblado. Hacia el año 1000 después de Cristo el poblado estaba conformado por una plaza central delimitada con piedras verticalmente colocadas, calzada eje norte-sur, cementerio hacia la zona este del lugar, y montículos de dos metros y tres de altura cercanos a la plaza central.

Visto desde el aire, El Atajadizo, en sus años finales era un poblado por áreas especializadas. Hacia el norte, residuos de piedras y lajas amontonadas producto de la destrucción hecha por campesinos para usar las tierras en cultivos modernos, hablan de una mayor complejización de los espacios, la misma que presenta el complejo de plazas indígenas de Caguana, en Puerto Rico.

El patrón de asentamiento proto-urbano que comentamos es el resultado de un desarrollo social caracterizado por un mejor dominio del medioambiente y una más eficiente organización de la fuerza de trabajo. Ahora bien, existen algunos datos que proporcionan la idea de que la organización social de los grupos taínos de la fase Guayabal está dentro del cacicazgo, es decir, forma parte de la organización cacical. Todo ello parece revelarse en el crecimiento del sitio y en la acción colectiva visible en la actividad cotidiana, en la cual la creación de sitios y espacios para el uso colectivo igualmente apunta hacia una organización del trabajo coherente y con fines muy específicos.

El estudio de los patrones de ocupación de sitios tan ricos como El Atajadizo y El Soco, en el este de la isla de Santo Domingo, nos ha sugerido algunas ideas fundamentales en torno a la distribución de espacios. **La primera de ellas es que no siempre la sociedad precolombina antillana -aun alcanzado un alto grado de desarrollo- culminó en una distribución del espacio de manera similar.** El Soco es un buen ejemplo de lo que aseveramos: se trata de un patrón en el cual la ausencia de una buena dimensión agrícola producto de un suelo de calizas, orientó las fuerzas de trabajo hacia la acción recolectiva, pero intensa. A pesar de la baja agrícola, compensada con la recolección, El Soco mantuvo un alto índice de ceremonialidad revelado por la complejidad de sus enterramientos, la decoración de sus alfarerías, la presencia y uso de cuentas, colgantes, amuletos y de ídolos, en conjunto con un sistema de instrumentos de trabajo muy perfeccionados. La contradicción básica constituida por la infertilidad del suelo fue resuelta con una intensiva pesca y una gran recolección, lo que no pasó, por ejemplo en Guayabal.

Estos dos modelos nos llevan a pensar que el problema de la distribución de espacios pre- o proto-urbano no resulta una constante obligada en sociedades de un mismo nivel tribal, sino que muchas veces el medio de producción puede ser definitorio del modelo de producción y de asentamiento, si entendemos que en este caso el medio productivo está representado en parte por la naturaleza y por las opciones de explotación de la misma.

Lo que la arqueología ha demostrado es que en la medida en que los sistemas productivos son más afinados y las calidades de la producción mejores, se presenta un desarrollo social que hace casi obligatoria la "planeación" de un espacio si se quiere dominar el entorno sedentariamente. El Atajadizo sugiere que el poblado en su conjunto fue planificado como unidad gestora, productiva, ligada a un proceso social y político bien diferente de las aldeas dispersas de los grupos que analizamos al comienzo de esta exposición. El poder político y religioso convergía hacia la plaza como expresión de la actividad, y en tal sentido la plaza es el centro básico de acción de la comunidad. La preservación de los miembros del grupo en zona de cementerios habla de la idea de permanencia, muy diferente de los tipos de enterramientos bajo pisos de vivienda. La especialización de un espacio en donde la muerte se trata de manera colectiva -todos los muertos un área- y no personal, -como el enterramiento dentro del bohío. Las zonas de monticulación, en la cual sólo se estudiaron siete montículos -dan cuenta de que El Atajadizo basaba su producción ya en la fase Guayabal, en una agricultura intensiva capaz de generar una permanencia y un proceso de redistribución e intercambio de los productos para la superación de ciertas formas de crisis consideradas como básicas para preservar el sedentarismo y mantenerse alrededor de los espacios concertados.

Las calzadas y el apisonamiento del terreno habitable, la selección de materia prima para la delimitación de las plazas y calzadas, el mantenimiento de las capas de humus, cenizas, residuos desde la base misma de los montículos, revelan que el trabajo tenía que ser colectivo y que por tanto la fuerza de trabajo se organizaba en torno a la específica formulación y reformulación del espacio vital. Sabemos que en alguna zona estuvo la casa cacical y el lugar de almacenamiento de cosechas, tal y como lo señala el Padre Fray Bartolomé de Las Casas y aun la crónica más tardía. El modelo pre-urbano, proto-urbano, es pues, según nosotros el resultado de una economía que no ha superado totalmente las relaciones tribales de producción y que necesita de una consolidación de sus espacios productivos y rituales para mantener la unidad del grupo social, fenómeno que

había sido comunes en anteriores procesos de segmentación social durante las economías basadas en el cultivo de roza.

NOTAS Y LITERATURA CITADA

1. Moore, Clark. - **Cabaret: Litic Workshop Sites in Haiti**. Proceedings of the Thirteen International Congress for Caribbean Archaeology.- Institute of the Netherlands Antilles. No. 9.- Cuaraçao, 1991.
2. Veloz Maggiolo, Marcio.- **Las Sociedades Arcaicas de Santo Domingo**. Ediciones de la Fundación García Arévalo y del Museo del Hombre Dominicano. Santo Domingo. 1981
3. Veloz Maggiolo, *ibidem*, 1981
4. El término "**banwaroide**" proviene del sitio Banwari-Trace en la isla de Trinidad, en donde se encuentran artefactos similares desde por los menos el año 6000 antes de Cristo.
5. Los artefactos recuperados por miembros del Museo del Hombre Dominicano en los abrigos rocosos de Las Guácaras son similares a los encontrados en la costa oriental de la isla de Santo Domingo para estos grupos. Muy posiblemente parte de los petroglifos con motivos de líneas concentradas e imitando tejidos, pertenecen a los grupos de esta cultura.
6. Veloz Maggiolo, Marcio et al. **Arqueología de Cueva de Berna**. Universidad Central de Este. Serie Científica No.V., San Pedro de Macorís. Editora Taller, Santo Domingo, 1977.
7. Childe, Gordon. **La Evolución de la Sociedad**. Editorial Ciencia Nueva. Madrid, 1965.
8. Veloz Maggiolo, Marcio. **Medioambiente y Adaptación Humana en la Prehistoria de Santo Domingo**. Vol. II. Universidad Autónoma de Santo Domingo. 1977
9. Veloz Maggiolo. *ibidem*... 1976-77
10. Terray, Emmanuel. **El Marxismo ante las Sociedades Primitivas**. Editorial Losada, Buenos Aires. 1971.
11. Veloz Maggiolo, *ibidem*. Vol. II, 1977.
12. Steward, J. **Handbook of South American Indians**. Vol. V. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology. Bulletin 143. Washington, D.C. 1949.
13. Chanlatte, Luis. Vieques, Puerto Rico. **Asiento una Nueva Cultura Aborigen Antillana**. Ediciones de la Fundación García Arévalo. Santo Domingo, 1983.
14. "**Ostionioide**" es un término inventado por I. Rouse, para identificar a los grupos aborígenes precolombinos relacionables con la cultura hallada en Punta Ostiones, en el occidente de la isla de Puerto Rico.

15. Veloz Maggiolo, Marcio. **Arqueología Prehistórica de Santo Domingo**. Mc Graw-Hill Pub. Singapore, 1972.
16. Veloz Maggiolo, Marcio, et al. **Arqueología de Yuma, República Dominicana**. Ediciones Taller, Santo Domingo, 1978.
17. Alegría, Ricardo. **Ball Courts and Ceremonial Plazas in the West Indies**. Yale University Publications in Anthropology. No. 79. 1983.
18. Los sitios panameños de Coclé y El Caño, revelan la presencia de calzadas y de zonas pre-urbanas, lo mismo que Guayabo de Turrialba, en Costa Rica.
19. El camino de los Negros parece haber sido desde la época de Juan Ponce de León, en los principios del siglo XVI, el lugar por donde se llegaba a la costa para el embarque de maderas. Fue construido posiblemente por órdenes de Juan Ponce de León, y han sido en parte destruido por agricultores de la zona.
20. Veloz Maggiolo, Marcio y Ortega Elpidio. **Arqueología y Patrón de Vida en el Poblado Circular de Juan Pedro**. Ediciones de Museo del Hombre Dominicano. Santo Domingo. 1986.
21. La obra Arqueología de Yuma, citada antes, es actualmente el único testigo de cómo fue este lugar pre-urbano.